

como defensor de Tistin Capefigue, pido que por consideracion á su respetable familia, no se le imponga pena alguna pública que pueda infamar su nombre.

La Corte Marcial entraba en deliberacion, y Tistin Capefigue era condenado á ser pasado por las armas, tan pronto como las circunstancias permitiesen apoderarse de su persona.

Del mismo modo sentenciamos á ser fusilados en la primera oportunidad, á todos los legionarios que pertenecian al partido de Gent. Exasperábanos nada más el no poder ejecutar nuestra sentencia, pues que ya no teniamos fusiles.

Por su parte los *girondinos* no se andaban en contemplaciones con los *montañeses*. Tambien ellos habian instituido su Corte Marcial de la Joven Legion Urbana, y nos juzgaban igualmente en ausencia. No obstante, fueron más clementes que nosotros, á pesar de que calificaban de "lesa-patria" el hecho de defender la permanencia de Esquiros. Nosotros llevamos la crueldad de condenarlos á todos á muerte, ellos tuvieron la indulgencia de no condenarnos más que á trabajos forzados á perpetuidad.

Mientras que nuestras Cortes Marciales deliberaban y Claseret veía que todos los batallones de guardia nacional, con raras excepciones, rehusaban reconocer su autoridad, Al-

fonso Gent llegaba á Marsella por el tren de Avignon.

Creia ingénuamente que no tenia más que presentarse en la Prefectura para ser aclamado por todos los habitantes de las Rocas del Ródano; Gambetta, al firmar su nombramiento le habia dorado la pildora.

¡Ah! muy pronto la experiencia iba á mostrar al desdichado el reverso de su medalla de prefecto.

La noche de su llegada reunió en su derredor á todos sus empleados; tenia preparado un discurso patriótico, muy coqueto y pulido, que debia atraerle á todos los disidentes. Hizo un ademán y todos callaron. Abre la boca, comienza su arenga. . . . . ¡Paf! déjase oír una detonacion. . . . . ¿Qué es esto? . . . . . ¿acaso un cohete que acaban de tirar en honor del nuevo administrador? . . . . . No, no es eso. Gent se lleva la mano á la cintura, la apoya contra el bolsillo de su chaleco y exclama:

—¡Me han asesinado! . . . . muerto soy! . . . .

Este es un verdadero golpe teatral. Todos se precipitan hácia el prefecto núm 3. Se transportan á los bastidores. . . . me equivoco, quiero decir, al gabinete vecino, y un consejero de subprefectura, que es veterinario, dice:

—Eso me concierne á mí.

Alfonso Gent se desnuda. No tenía absolutamente nada.

Sin embargo, había sido disparado un tiro de pistola; todos los allí presentes lo habían oído.

Vuelven al salón de recepciones, apartan los muebles y buscan las balas. No hay tal bala, ni rastro de ella en los lambrequines.

—Hijos míos, murmura Gent con trémulo acento, perdono á mi asesino.

Esta grandeza de alma conmueve á los espectadores. Delpech, el prefecto núm. 2, se confiesa vencido por tanta generosidad y da su dimisión.

No tardan en esparcirse por la ciudad el rumor del atentado y la noticia de la ejemplar clemencia de este nuevo Augusto.

Los pocos batallones de guardia nacional que aún vacilaban, gritan:

—¡Viva Gent!

Solamente la guardia cívica persiste en aclamar al prefecto núm. 1.

—¡Viva Esquiros!

El hecho es que jamás se ha sabido á qué atenerse respecto de ese famoso tiro de pistola.

Unos pretenden que realmente fué disparado y que Gent debió la vida á una moneda de plata, de á cinco francos, que tenía en el bolsillo y que representaba toda su fortuna de antiguo proscrito. Otros aseguran que el enviado de Gambetta,

ménos cándido de lo que se le creía, había representado una comedia y que un compadre había disparado un arma cargada sin bala.

Sea lo que fuere, cierta ó falsa, esta tentativa de asesinato tornóse en ventaja para el prefecto núm. 3.

Entre tanto, una catástrofe trae el luto á Esquiros. Su hijo William, enfermo hacia algunos días, muere al fin. Agobiado por el dolor, el presidente de la Liga del Mediodía abandona á su competidor la Prefectura y se retira á la vida privada.

La Guardia Cívica y la joven Legion Urbana fueron disueltas por medio de un decreto. En cuanto á Claseret, apenas tuvo el tiempo preciso para desaparecer. Había sido llamado por los organizadores de la Liga, y cuando ésta fué desbaratada, á él se le imputaba todo el mal causado. Habiendo sido extraño á esos sucesos, se le cargaba con las responsabilidades de los demas. Hasta creo que Gambetta dió la orden de aprehenderle y fusilarle. Era necesario dejar bien vengado el asesinato del pobre Alfonso Gent.

No pudiendo desplegar su celo los revolucionarios, aprehendiendo á cuantos les estorbaban, tomaron revancha en los clubs.

Había entonces dos clubs muy concurridos: la Alhambra y el Eldorado. El primero se reunía

en el local de un café cantante, que había quebrado: entraba todo el que quería.

Todas las noches se fusilaba en efígie á un general.

El presidente de la sesión daba lectura á los telegramas recibidos durante el día.

—Ciudadanos, hé aquí lo que pasa en los Vosgos: el general Cambriels acaba de entregar el mando al general Michel.

Muchas voces.

¡Cambriels es traidor...! ¡Muera! ¡Muera!

El presidente agita la campanilla.

—Aquellos que opinan que el general Cambriels debe ser fusilado levanten la mano.

Todas las manos se levantan.

La cosa no podía ser más obvia.

Dos días después era fusilado el general Michel, por no haber pasado por las armas al general Cambriels.

Sin embargo, una noche no se fusiló á nadie.

No sé qué majadero subió á la tribuna y dijo:

—Ciudadanos del club de la Alhambra, estais sobre un volcán. La Monarquía se apresta á echar abajo á la República. Desde ayer se halla el conde de Chambord en Marsella. Está alojado en casa de su amigo el marqués de Foroste. Ha pasado el día de hoy distribuyendo oro entre la

tropa, y en este mismo instante está aquí, en la sala.

Estas palabras produjeron un tumulto indescriptible. Toda la concurrencia arrojaba gritos. Cada quien acusaba á su vecino de ser el conde de Chambord. Muchos se vieron obligados á subir á la tribuna para demostrar su identidad. En una palabra, salimos de ahí sin haber acordado nada.

Yo era uno de los oradores favoritos de la Alhambra. Un domingo, por iniciativa mia, fué fusilado el obispo de Marsella.

Habia yo descubierto en la biblioteca de la ciudad un documento de 1753 que contenía una sentencia dada por el tribunal criminal revolucionario del departamento de las Bocas del Ródano. Esa sentencia aplicaba la guillotina al llamado Juan Joaquín Gall, de cincuenta años, vicario de salón, ex-canónigo, acusado del crimen de *contra-revolucion.*

Muy satisfecho con mi hallazgo, llevé á la tribuna del club la copia de la sentencia y le di lectura. En seguida leí varios extractos de una pastoral que el obispo de Marsella habia dirigido á sus diocesanos recomendándoles el que no hicieran causa común con los enemigos de la religion.

—¿Qué opinais sobre esto, ciudadanos? pregun-

té á guisa de comentario. ¿No os parece que el obispo Place es mil veces más contra-revolucionario que el canónigo Gall?

—Sí, sí, respondió la multitud.

—Pues bien, el canónigo Gall sufrió la pena de su crimen ¡mientras que el obispo Place vive aún!

—¡Fusilémoslo! ¡fusilémoslo!

—Eso es justamente lo que iba á tener el honor de proponeros.

Se votó, pues, levantando las manos, que el obispo de Marsella sería fusilado en primera oportunidad.

De esta manera se excitaban las malas pasiones de la multitud. Exaltado yo hasta el más alto grado, no comprendía el mal que hacía.

En otro día propuse, y fué votada, la instalación permanente de una guillotina en la plaza de Bourse. Era preciso, decía yo, causar terror al clericalismo. Y recuerdo que me escuchaban y aplaudían, á mí, ¡un muchacho de diez y seis años...! Cuando vuelvo los ojos hácia este triste pasado siento vergüenza por mí y por el pueblo.

Tenía yo entónces una frase favorita que hacía gran fortuna en los clubs.

—Fundemos la República para siempre, y si al reaccion osa levantar la cabeza, nosotros estaremos ahí para degollarla.

Esta sanguinaria figura de retórica era causa de una ovacion espléndida.

Francamente, yo debía estar loco, lo mismo que todos los concurrentes á nuestros Clubs de Marsella.

Un hombre se hallaba desolado por todas estas locuras incalificables: mi padre. La ciudad entera sabía que su hijo era el jóven orador de la Alhambra. Mis iniciativas de canibal aparecían en algunos periódicos con esta firma, Gabriel Jo-gand Pagès.

—Estás deshonorando el nombre de tu familia, me repetía mi padre, afligido.

Cansado de escuchar estas querellas, pensé que lo mejor sería adoptar un seudónimo, á fin de no exponerme á semejantes recriminaciones.

Mi abuelo materno y padrino, se llamaba Leonidas. Suprimí las dos últimas sílabas de su nombre, y me quedé con *Leo*. Además, en el colegio, me llamó la atención el nombre de un rey indio llamado Taxilo que hizo alianzas con Alejandro el Grande, conquistador por el cual sentía yo una viva simpatía; quité pues la *o* final de ese nombre del antiguo monarca. El conjunto, *Leo Taxil*, me pareció eufónico, y de esta manera compuse el seudónimo que conservé mucho tiempo, y por el cual soy conocido.

Tales fueron las razones que me obligaron á dejar mi nombre de familia.

Yo quería proseguir mi vida, mi perversa vida, pero no quería molestar á mis padres, empleando su nombre en firmar actas ó escritos que repro-  
baban.

## V.

## LA COMUNA.

EL REINADO DE LOS PERIODISTAS.—GENT Y LAS ELECCIONES GENERALES.—UNA FALSA ALEGRÍA DE SPULLER.—PROGRAMA OFICIAL EJECUTADO AL REVÉS.—LAS DESGRACIAS DE ENRIQUE FOUQUIER.—UN GOBIERNO IMPROVISADO.—MARSELLA ENTERA VOLARÁ.—EL BATURRILLO DE LA INSURRECCION.—EL 4 DE ABRIL.—FIN DE LA COMUNA REVOLUCIONARIA.

Si exceptuamos el ruido de los clubs durante la administracion de Gent, los Marsellese permanecian bastante tranquilos.

El sucesor de Esquiros, para granjear á la prensa, se rodeó de periodistas de todos los colores. No se veía más que periodistas en la prefectura: los salones, gabinetes, divisiones y despachos, estaban llenos de aquellos. Se les veía hasta en los corredores y en el cuarto del conserje.